

III domingo de Adviento 2016

MI MENSAJERO... (Mt 11,2-11)

En este tercer domingo de Adviento, llamado también “de la alegría”, una nueva Luz se enciende en nuestro camino hacia Belén: *la del mensajero del Señor*.

Mateo nos lleva al undécimo capítulo de su Evangelio, donde trata de hacernos comprender los misterios de la acción de Dios. De hecho, Jesús, después de haber hablado a sus discípulos y de haber trazado el perfil del misionero, parte para anunciar en todas las ciudades el Reino de los cielos. Encontrando a las multitudes, extrañamente, vuelve al testimonio de Juan Bautista, aún más, lo ilumina y lo aclara. El hombre del desierto, aquel que las multitudes habían conocido: «Es *el mensajero* mandado para preparar el camino al Señor» (cfr. Mt 3,1).

¿Por qué Jesús siente la exigencia de hacer una declaración tan solemne en favor del Bautista?

Jesús habla, pero Juan Bautista no está. Sí, lamentablemente ha sido puesto en cárcel por decir la verdad.

Juan está solo, abandonado en una celda, encerrado en las profundidades de la cárcel, inmerso en las aguas de la duda; ¡es un verdadero desierto! ¿Dónde está Jesús? Está justamente en la hora de la más profunda humillación: quiere revelar a todos la grandeza del Bautista. Pero sobre todo es Juan quien tiene necesidad de saber esto, de recibir nuevas certezas. Él, que siempre ha anunciado la venida del Mesías, ahora, más que nadie, tiene necesidad de escuchar la certera voz de Jesús. Voz que en la cárcel, *gracias a los mensajeros del Evangelio*, le llega inédita, fresca, plena de sentido y de eternidad:



**« ¡No, Juan, hermano mío, tú no te has equivocado!
No quedes en la duda, tú eres el mensajero
del Señor, sobre todo ahora, en esta hora
de extremo sufrimiento; yo compartiré contigo
hasta el fondo. No, Juan, no te has equivocado,
yo estoy aquí para decir al mundo quién eres
verdaderamente, sobre todo lo que tú eres
para Dios. No, Juan, no te has equivocado,
yo soy aquel que esperas desde siempre:
la luz de tus ojos, la fuerza de tu paso,
la bienaventuranza de tu corazón, la Palabra
de tus oídos, la vida más allá de tu muerte,
tu alegría para siempre.»**

Francesca Pratillo, fsp